

DOMINGO II DE PASCUA O DE LA DIVINA MISERICORDIA

24 DE ABRIL DE 2022



PARROQUIA
NUESTRA SEÑORA
DE LA GRANADA

DIVINA MISERICORDIA

El Domingo ha sido bendecido con una gracia especial por haber sido ése el día, y no otro, en que resucitó Nuestro Señor, dando con ello sentido pleno a nuestra vida, y no sólo a nuestra vida, sino a la vida de todo hombre... Este Domingo llega a nosotros cargado de significados verdaderamente fundamentales. Además como hacemos desde hace ya muchos años, celebramos la fiesta parroquial de Pascua, fiesta que nos une e identifica más como familia cristiana, comunidad viva que quiere identificarse con Cristo resucitado. Un día para vivirlo en familia y hacer familia, que es lo que quiere ser Nuestra Señora de la Granada.

En este segundo Domingo de Pascua, Cáritas quiere que pongamos también el corazón en aquellos que no tienen trabajo, que por desgracia en nuestra nación son tantos. El lema de este año es: **“No todo suma, cuenta, ni vale”**.

Para adentrarnos de lleno en este domingo tan especial reproducimos la homilía del Papa Francisco que pronunció en este mismo domingo del año pasado:

“Jesús resucitado se aparece a los discípulos varias veces. Consuela con paciencia sus corazones desanimados. De este modo realiza, después de su resurrección, la “resurrección de los discípulos”. Y ellos, reanimados por Jesús, cambian de vida. Antes, tantas palabras y tantos ejemplos del Señor no habían logrado transformarlos. Ahora, en Pascua, sucede algo nuevo. Y se lleva a cabo en el signo de la misericordia. Jesús los vuelve a levantar con la misericordia —los vuelve a levantar con la misericordia— y ellos, *misericordiad*os, se vuelven *misericordios*os. Es muy difícil ser misericordioso si uno de se da cuenta de ser misericordiado.

1. Ante todo, son misericordiados por medio de tres dones: primero Jesús les ofrece *la paz*, después *el Espíritu*, y finalmente *las llagas*. En primer lugar, *les da la paz*. Los discípulos estaban angustiados. Se habían encerrado en casa por temor, por miedo a ser arrestados y correr la misma suerte del Maestro. Pero no sólo estaban encerrados en casa, también estaban encerrados en sus remordimientos. Habían abandonado y negado a Jesús. Se sentían incapaces, buenos para nada, inadecuados. Jesús llega y les repite dos veces: «*¡La paz esté con ustedes!*». No da una paz que quita los problemas del medio, sino una paz que infunde confianza dentro. No es una paz exterior, sino la paz del corazón. Dice: «*¡La paz esté con ustedes! Como el Padre me envió, así yo los envío a ustedes*» (Jn 20,21). Es como si dijera: “Los mando porque creo en ustedes”. Aquellos discípulos desalentados son reconciliados consigo mismos. La paz de Jesús los hace pasar *del remordimiento a la misión*. En efecto, la paz de Jesús suscita la misión. No es tranquilidad, no es comodidad, es salir de sí mismo. La paz de Jesús libera de las cerrazones que paralizan, rompe las cadenas que aprisionan el corazón. Y los discípulos se sienten misericordiados: sienten que Dios no los condena, no los humilla, sino que cree en ellos. Sí, cree en

P
A
L
A
B
R
A
Y
T
I
Y
A

R nosotros más de lo que nosotros creemos en nosotros mismos. “Nos ama más de lo que nosotros mismos nos amamos” (cf. S. J.H. Newman, *Meditaciones y devociones*, III,12,2). Para Dios ninguno es un incompetente, ninguno es inútil, ninguno está excluido. Jesús hoy repite una vez más: “Paz a ti, que eres valioso a mis ojos. Paz a ti, que tienes una misión. Nadie puede realizarla en tu lugar. Eres insustituible. Y Yo creo en ti”.

A
L
A
B
R
A En segundo lugar, Jesús misericordia a los discípulos *dándoles el Espíritu Santo*. Lo otorga para la remisión de los pecados (cf. vv. 22-23). Los discípulos eran culpables, habían huido abandonando al Maestro. Y el pecado atormenta, el mal tiene su precio. Siempre tenemos presente nuestro pecado, dice el Salmo (cf. 51,5). Solos no podemos borrarlo. Sólo Dios lo quita, sólo Él con su misericordia nos hace salir de nuestras miserias más profundas. Como aquellos discípulos, necesitamos dejarnos perdonar, decir desde lo profundo del corazón: “Perdón Señor”. Abrir el corazón para dejarse perdonar. El perdón en el Espíritu Santo es el don pascual para resurgir interiormente. Pidamos la gracia de acogerlo, de *abrazar el Sacramento del perdón*. Y de comprender que en el centro de la Confesión no estamos nosotros con nuestros pecados, sino Dios con su misericordia. No nos confesamos para hundirnos, sino para dejarnos levantar. Lo necesitamos mucho, todos. Lo necesitamos, así como los niños pequeños, todas las veces que caen, necesitan que el papá los vuelva a levantar. También nosotros caemos con frecuencia. Y la mano del Padre está lista para volver a ponernos en pie y hacer que sigamos adelante. Esta mano segura y confiable es la Confesión. Es el Sacramento que vuelve a levantarnos, que no nos deja tirados, llorando contra el duro suelo de nuestras caídas. Es el *Sacramento de la resurrección*, es misericordia pura. Y el que recibe las confesiones debe hacer sentir la dulzura de la misericordia. Este es el camino de los sacerdotes que reciben las confesiones de la gente: hacerles sentir la dulzura de la misericordia de Jesús que perdona todo. Dios perdona todo.

Y
E
V
A Después de la paz que rehabilita y el perdón que realza, el tercer don con el que Jesús misericordia a los discípulos es *ofrecerles sus llagas*. Esas llagas nos han curado (cf. *1 P* 2,24; *Is* 53,5). Pero, ¿cómo puede curarnos una herida? Con la misericordia. En esas llagas, como Tomás, experimentamos que Dios nos ama hasta el extremo, que ha hecho suyas nuestras heridas, que ha cargado en su cuerpo nuestras fragilidades. Las llagas son canales abiertos entre Él y nosotros, que derraman misericordia sobre nuestras miserias. Las llagas son los caminos que Dios ha abierto completamente para que entremos en su ternura y experimentemos quién es Él, y no dudemos más de su misericordia. Adorando, besando sus llagas descubrimos que cada una de nuestras debilidades es acogida en su ternura. Esto sucede en cada *Misa*, donde Jesús nos ofrece su cuerpo llagado y resucitado; lo tocamos y Él toca nuestra vida. Y hace descender el Cielo en nosotros. El resplandor de sus llagas disipa la oscuridad que nosotros llevamos dentro. Y nosotros, como Tomás, encontramos a Dios, lo descubrimos íntimo y cercano, y conmovidos le decimos: «¡Señor mío y Dios mío!» (*Jn* 20,28). Y todo nace aquí, en la gracia de ser misericordiadados. Aquí comienza el camino cristiano. En cambio, si nos apoyamos en nuestras capacidades, en la eficacia de nuestras estructuras y proyectos, no iremos

lejos. Sólo si acogemos el amor de Dios podremos dar algo nuevo al mundo.

2. Así, misericordiadados, los discípulos se volvieron misericordiosos. Lo vemos en la primera Lectura. Los Hechos de los Apóstoles relatan que «nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo lo tenían en común» (4,32). No es comunismo, es cristianismo en estado puro. Y es mucho más sorprendente si pensamos que esos mismos discípulos poco tiempo antes habían discutido sobre recompensas y honores, sobre quién era el más grande entre ellos (cf. *Mc* 10,37; *Lc* 22,24). Ahora comparten todo, tienen «un solo corazón y una sola alma» (*Hch* 4,32). ¿Cómo cambiaron tanto? Vieron en los demás la misma misericordia que había transformado sus vidas. Descubrieron que tenían en común la misión, que tenían en común el perdón y el Cuerpo de Jesús; compartir los bienes terrenos resultó una consecuencia natural. El texto dice después que «no había ningún necesitado entre ellos» (v. 34). Sus temores se habían desvanecido tocando las llagas del Señor, ahora no tienen miedo de curar las llagas de los necesitados. Porque allí ven a Jesús. Porque allí está Jesús, en las llagas de los necesitados.

Hermana, hermano, ¿quieres una prueba de que Dios ha tocado tu vida? Comprueba si te inclinas ante las heridas de los demás. Hoy es el día para preguntarnos: “Yo, que tantas veces recibí la paz de Dios, que tantas veces recibí su perdón y su misericordia, ¿soy misericordioso con los demás? Yo, que tantas veces me he alimentado con el Cuerpo de Jesús, ¿qué hago para dar de comer al pobre?”. No permanezcamos indiferentes. No vivamos *una fe a medias*, que recibe pero no da, que acoge el don pero no se hace don. Hemos sido misericordiadados, seamos misericordiosos. Porque si el amor termina en nosotros mismos, la fe se seca en un intimismo estéril. Sin los otros se vuelve desencarnada. Sin las obras de misericordia muere (cf. *St* 2,17). Hermanos, hermanas, dejémonos resucitar por la paz, el perdón y las llagas de Jesús misericordioso. Y pidamos la gracia de convertirnos en *testigos de misericordia*. Sólo así la fe estará viva. Y la vida será unificada. Sólo así anunciaremos el Evangelio de Dios, que es Evangelio de misericordia.”

**¡Feliz domingo de la Divina Misericordia! ¡Feliz domingo *in albis*!
¡Feliz fiesta parroquial de Pascua!**



R
A
L
L
A
B
R
A
Y
I
Y
A

SAGRADAS ESCRITURAS

PRIMERA LECTURA Hch 5, 12-16 **Crecía el número de los creyentes, una multitud tanto de hombres como de mujeres, que se adherían al Señor**

La Iglesia, capitaneada por los Apóstoles, prosigue la misión de su Señor, tras la resurrección de éste. Y cuenta para ello con toda su gracia y su poder.

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles.

Por mano de los apóstoles se realizaban muchos signos y prodigios en medio del pueblo. Todos se reunían con un mismo espíritu en el pórtico de Salomón; los demás no se atrevían a juntárseles, aunque la gente se hacía lenguas de ellos; más aún, crecía el número de los creyentes, una multitud



tanto de hombres como de mujeres, que se adherían al Señor. La gente sacaba los enfermos a las plazas, y los ponía en catres y camillas, para que, al pasar Pedro, su sombra, por lo menos, cayera sobre alguno. Acudía incluso mucha gente de las ciudades cercanas a Jerusalén, llevando a enfermos y poseídos de espíritu inmundo, y todos eran curados.

Palabra de Dios.

SALMO Sal 117, 2-4. 22-24. 25-27a **R. Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.**

Este Salmo, que ya escuchamos el Domingo pasado, y que es el Salmo de Pascua por antonomasia, recoge la experiencia de la Pascua que la Iglesia ha tenido a través de los siglos: un solo día, bendecido con la resurrección de JESÚS, el Salvador, ha bastado para llenar de luz y esperanza a los pueblos de la tierra, y ha sido como la compuerta para que se derrame por toda la historia el gran torrente de la misericordia divina.

🏰 Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. Diga la casa de Aarón: eterna es su misericordia. Digan los fieles del Señor: eterna es su misericordia. **R./**

🏰 La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. Éste es el día que hizo el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo. **R./**

🏰 Señor, danos la salvación; Señor, danos prosperidad. Bendito el que viene en nombre del Señor, os bendecimos desde la casa del Señor. El Señor es Dios, él nos ilumina. **R./**

Apoc 1,9-11^a.12-13.17-19 *Estuve muerto, pero ya ves: vivo por los siglos de los siglos*

Las visiones del Apocalipsis nos hablan de Cristo, que acompañan a la Iglesia desde el cielo, y también nos habla de la Iglesia, llamada a entrar con Cristo en el cielo. A donde precedió la Cabeza, seguirá el Cuerpo.

Lectura del libro del Apocalipsis. Yo, Juan, vuestro hermano y compañero en la tribulación, en el reino y en la perseverancia en Jesús, estaba desterrado en la isla llamada Patmos a causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús. El día del Señor fui arrebatado en espíritu y escuché detrás de mí una voz potente como de trompeta que decía: «Lo que estás viendo, escríbelo en un libro y envíalo a las siete iglesias». Me volví para ver la voz que hablaba conmigo, y, vuelto, vi siete candelabros de oro, y en medio de los candelabros como un Hijo de hombre, vestido de una túnica talar, y ceñido el pecho con un cinturón de oro. Cuando lo vi, caí a sus pies como muerto. Pero él puso su mano derecha sobre mí, diciéndome: «No temas; yo soy el Primero y el Último, el Viviente; estuve muerto, pero ya ves: vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del abismo. Escribe, pues, lo que estás viendo: lo que es y lo que ha de suceder después de esto.

Palabra de Dios.

SECUENCIA

Ofrezcan los cristianos ofrendas de alabanza a gloria de la Víctima propicia de la Pascua. Cordero sin pecado que a las ovejas salva, a Dios y a los culpables unió con nueva alianza. Lucharon vida y muerte en singular batalla, y, muerto el que es la Vida, triunfante se levanta. «¿Qué has visto de camino, María, en la mañana?» «A mi Señor glorioso, la tumba abandonada, los ángeles testigos, sudarios y mortaja. ¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza! Venid a Galilea, allí el Señor aguarda; allí veréis los suyos la gloria de la Pascua.» Primicia de los muertos sabemos por tu gracia que estás resucitado; a muerte en ti no manda. Rey vencedor, apiádate de la miseria humana y da a tus fieles parte en tu victoria santa.

ALELUYA Jn 20, 29 **R. Aleluya, aleluya, aleluya.**

Porque me has visto, Tomás, has creído, –dice el Señor–; bienaventurados los que crean sin haber visto

R./

SANTO EVANGELIO Jn 20, 19-31 **A los ocho días, llegó Jesús**

La resurrección de JESÚS ayuda a la Iglesia a vencer el miedo, le da confianza para lanzarse en misión, la hace portadora del perdón conquistado por Cristo en la Cruz. La segunda oportunidad dada a Tomás, nos habla de la amorosa misericordia de Dios.

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos». Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor». Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo». A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros». Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente». Contestó Tomás: «Señor mío y Dios mío!». Jesús le dijo: «¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto».



Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

Palabra del Señor.

SAGRADAS ESCRITURAS

HACEMOS PARROQUIA

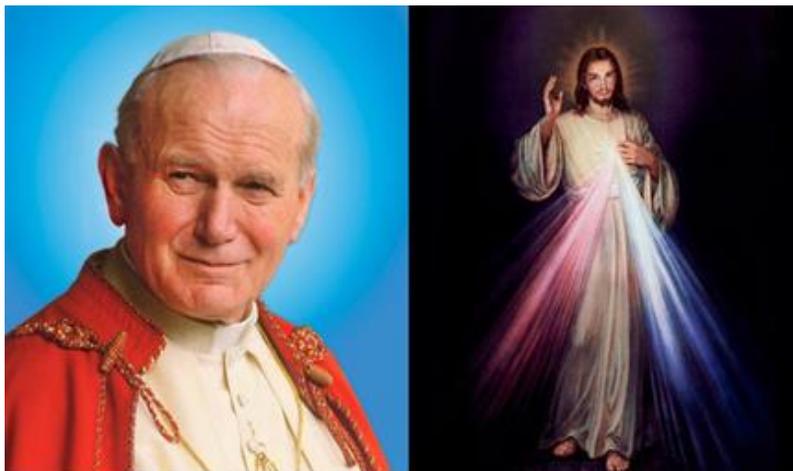
-  -Retiro Espiritual de Abril... próximo jueves de 17.30 a 19h
-  -Mes de mayo... mes de la Virgen... mes de las Flores. Todos los días rezaremos el santo Rosario y breve meditación de las flores.
-  -Peregrinación a Ntra. Sra. de Monserrat y Sagrada Familia... del 29 de abril al 2 de mayo.

Os facilitamos a continuación la forma de cómo rezar la Coronilla de la Misericordia, así como también unas referencias a ella, a los beneficios para el alma según el diario de Santa María Faustina Kowalska:

"Alienta a las personas a decir la Coronilla que te he dado... Quien la recite recibirá gran misericordia a la hora de la muerte. Los sacerdotes la recomendaran a los pecadores como su último refugio de salvación. Aun si el pecador más empedernido hubiese recitado esta Coronilla al menos una vez, recibirá la gracia de Mi infinita Misericordia. Deseo conceder gracias inimaginables a aquellos que confían en Mi Misericordia."

"Escribe que cuando digan esta Coronilla en presencia del moribundo, Yo me pondré entre mi Padre y el, no como Justo Juez sino como Misericordioso Salvador."

C
A
M
I
N
E
M
O
S
E
N
L
A
L
U
Z



1. Comenzar con un Padre Nuestro, Avemaría, y Credo.
2. Al comenzar cada decena (cuentas grandes del Padre Nuestro) decir:
**"Padre Eterno, te ofrezco el Cuerpo,
la Sangre, el Alma y la Divinidad
de Tu Amadísimo Hijo,
Nuestro Señor Jesucristo,
para el perdón de nuestros
pecados y los del mundo entero."**
3. En las cuentas pequeñas del Ave María:
**"Por Su dolorosa Pasión,
ten misericordia de nosotros
y del mundo entero."**
4. Al finalizar las cinco decenas de la coronilla se repite **tres veces**:
"Santo Dios, Santo Fuerte,